

*Singular reelección*

Después de varios meses de una seria pugna, el general Jorge Rafael Videla fue designado por los altos mandos de las fuerzas armadas de su país como Presidente de la Argentina para un período de tres años. Y como ya tenía el título y desempeñaba el cargo, nos encontramos ante una reelección presidencial en la cual el pueblo argentino no tuvo la menor posibilidad de opinar porque el régimen no lo consideraba capacitado para decidir sobre su futuro. Esto de atribuirse en exclusiva la capacidad para decidir qué es lo mejor para Argentina, se ha convertido en una característica de los uniformados de esa nación sudamericana.

Desde que abandonaron las tareas que les son propias y salieron de los cuarteles para dedicarse a gobernar, no han permitido que ningún presidente constitucionalmente elegido termine su período. Sobre la base de que los civiles lo estaban haciendo mal y de que por lo tanto el pueblo se había equivocado, dieron golpe tras golpe, sucediéndose también entre ellos en el ejercicio del poder porque las pugnas no son cosa nueva. Esto fue determinando que los partidos políticos, de tanto estar proscritos, fueran perdiendo fuerza y que sólo el peronismo, pese a su heterogeneidad, se mantuviera como alternativa. La diversidad de las corrientes que confluyen en el peronismo significó que finalizada la etapa del mito que representaba Perón, éstas empezaran a desarrollar sus propias líneas de acción. El peronismo por el peronismo se quedó con el mito y los demás asumieron una posición revolucionaria que los llevó a enfrentar a la dictadura tanto en el plano de las armas como en el político.

Las fuerzas armadas argentinas, entretanto, acaban el impacto de sus fracasos. El cambio de un gobernante militar por otro no ocultaba que estaban llevando al país hacia una crisis económica de grandes proporciones y que con ello estimulaban el crecimiento del peronismo, porque el gobierno de Perón había representado el único período de bonanza para los sectores populares en las últimas décadas. Fue la magnitud del fracaso, que había provocado ya el surgimiento de una resistencia organizada al régimen, lo que movió al general Lanusse a convocar a elecciones a sabiendas de que éstas llevarían nuevamente a Perón al poder. Pero también sabía que Perón no podría solucionar los innumerables problemas del país y confiaba en que ello lo llevaría nuevamente a él a la presidencia de la República, con un mandato más legítimo que el que en ese momento ostentaba.

Las cosas se dieron en esa forma, excepto en lo que se refiere a las expectativas personales de Lanusse, quien ahora poco y nada tiene que decir respecto a los acontecimientos argentinos. Pero desde que él ejerció la presidencia hasta hoy, se registra un cambio en la forma de resolver las pugnas por el poder. Hasta Lanusse el asunto se decidía tomando en cuenta el poderío real que podían exhibir los generales que se enfrentaban. El general que tuviera el apoyo del mayor número de regimientos ganaba la batalla por la sucesión presidencial sin necesidad de disparar un solo tiro. Eso explica por qué personajes notoriamente incapaces ocuparon la primera magistratura argentina. Lanusse contaba con un respaldo general que fue lo que le permitió asumir la presidencia y entregarla luego a un civil, iniciando así una etapa diferente porque las circunstancias lo llevaron a ello y eso se refleja también en la singular reelección de que ha sido objeto Videla.

*Reflejo del fracaso*

Si Lanusse convocó a elecciones porque el fracaso de la gestión gubernativa de los militares hacía insostenible su permanencia en el poder, esa misma situación, acrecentada, es la que se observa ahora. Argentina no sólo atraviesa por una crisis económica brutal, sino que la dictadura tampoco ha logrado eliminar a los partidos políticos y a los movimientos populares como era su objetivo. Al igual que los demás regímenes militares del Continente, el argentino se propuso erradicar lo que calificaba de actividad política tradicional, para elaborar el tipo de democracia viable recomendado por los Estados Unidos. En esa democracia los partidos iban a ser diferentes y a jugar un rol distinto, por eso sostuvieron, y algunos personeros del régimen lo siguen haciendo, que hasta los dirigentes partidarios debían ser reemplazados por elementos nuevos.

Nada de ello ha sucedido. En cambio, los militares se han visto obligados a admitir que la existencia de los partidos políticos es una realidad y que cualquier salida para la actual coyuntura debe contar con su participación. Lo demostró así el almirante Massera al buscar al partido peronista cuando en su intento por ser designado presidente en reemplazo de Videla quiso demostrar que tenía el apoyo de un sector civil que representaba a una parte de lo que ha sido el movimiento político más importante de su país en los últimos años. Massera logró también que los Montoneros declararan que no tendrían inconveniente en conversar con él, en el ánimo de pacificar a Argentina.

Y mientras el almirante realizaba estas gestiones y se entrevistaba con la más vasta gama de partidos europeos, Videla se mostraba a sí mismo como el hombre de la apertura política que concitaba un grado de simpatía en otros sectores. En concreto, los dos grandes rivales no buscaban para dirimir la contienda el apoyo de los regimientos sino de los civiles y de los civiles políticamente organizados. Este es el hecho más importante que fluye de la reelección de Videla, porque exhibe en toda su dimensión el fracaso de otro régimen dictatorial. Es cierto que eso por ahora no modifica las condiciones imperantes en Argentina, pero constituye otro signo revelador de la fuerza de los pueblos que terminarán por volcar a su favor las adversas situaciones que enfrentan hoy.

Frida MODAK